

Afro-uruguay

La doble discriminación

Mujeres y negras, la doble discriminación contra las afrodescendientes en Uruguay genera múltiples espacios colectivos de respuesta a las agresiones físicas, psicológicas e institucionales que reciben desde la época del esclavismo.

Texto y fotos: Alex Espinosa

Nemesia Machado fue la última esclava de Uruguay, un país que legalmente abolió esta práctica en 1852 aunque continuó de forma ilegal en las provincias frontera con Brasil hasta los años veinte del pasado siglo. Ella era hija de los treinta millones de africanos que fueron transportados contra su voluntad durante los siglos XVI y XIX, en uno de los episodios más lacerantes de la historia de Latinoamérica. Hoy no hay esclavos, pero en los barrios Sur y Palermo de Montevideo, malviven los descendientes de Nemesia Machado en unas condiciones que nos plantean preguntarnos si la esclavitud fue realmente abolida.

En el Uruguay de hoy, los descendientes de africanos (12% de sus 3,2 millones de habitantes) sufren racismo y exclusión y no participan en la construcción del país. Los datos oficiales demuestran que el 40% vive en hogares pobres, la mayoría en zonas rurales y barrios de la periferia tras el destierro de familias enteras durante la dictadura (1973-1985).

Las mujeres afro-descendientes son el grupo más vulnerable ya que el 42% de ellas es empleada doméstica y solo el 6% tiene acceso a la salud pública. Es como si el esquema de la esclavitud no se hubiera superado, aspecto que preocupa al Comité de Erradicación de la Discriminación Racial (CEDR) de las Naciones Unidas que hace cuatro años puso el grito en el cielo por esta doble discriminación.

Reacción de las mujeres

Pero no todo son malas noticias. Latinoamérica es un continente acostumbrado a luchar (recuerden que durante décadas tuvo que combatir contra las políticas del “Big Brother” americano) y además estamos en Uruguay, país con un celebrado gobierno de izquierdas liderado por el ex-presidente José Mujica que lo ha puesto en el mapa mundial como ejemplo de buenas prácticas sociales. Así que en todo el país han florecido espacios de mujeres para combatir esta discriminación.

Tania Ramírez es una de las organizadoras de la marcha contra el racismo y la impunidad. Milita en una organización civil llamada Mizangas que lucha por los derechos de la mujer afro-descendiente. En diciembre de 2011, tuvo que ser ingresada de urgencia tras ser agredida por un grupo de mujeres blancas que, en una lluvia de insultos racistas, la golpeó brutalmente. Su delito fue encabezar una gran movilización en protesta contra la paliza que recibió en un local musical Tommy Daria, un ciudadano de origen nigeriano. “Negra sucia” y “pasate la planchita” fueron algunos de los insultos que recibió la joven antes de ser agredida.

Mónica Gómez milita desde muy joven en Mundo Afro, además, trabaja en un grupo de mujeres en el barrio Cerro Ejido de Artigas. Este mismo barrio acoge las ‘Afroartesanías Cerro Ejido’ dónde 16 artesanas intentan crear una cooperativa de trabajo, similar a Nzinga, otra cooperativa del gremio llamada así en honor a la reina Nzinga angoleña que combatió a los portugueses esclavistas en el siglo XVI.

El tejido asociativo que se despegó desde los grupos de mujeres hasta los puestos gubernamentales ha dado lugar a que mujeres afro-descendientes tomen posición en un amplio abanico de espacios, como Graciela Ramos, asesora de Asuntos Afro en el Ministerio de Vivienda Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente, quien gracias a la cooperativa de viviendas UFAMA, consiguió vivienda digna a más de treinta mujeres y sus familias.

También en el campo del sacerdocio encontramos a gente como Susana Andrade, militante por los derechos de las minorías culturales, vinculada durante más de veinte años a diferentes luchas sociales, además de oficiar como sacerdotisa de la religión de origen afro Umbanda.

Incluso tras dieciocho años como empleada doméstica, el salto de categoría puede sucederse, como sucedió con Adelina Carvalho, de pasados africanos y que hoy fue coordinadora de programas en la Comisión de Género del “Frente Amplio”, partido de izquierdas. Combina su lucha política con su trabajo como psicóloga social dando apoyo a miles de víctimas de esta doble discriminación que lastra al Uruguay del siglo XXI.

Las miradas de todas estas mujeres está acabando con los insultos, palizas, violaciones o menosprecio que han perseguido durante generaciones a toda una parte de la sociedad que cuando existía lo hacía para ser humillada. Nemesia Machado estaría orgullosa de ellas.